

Domingo XIII del Tiempo Ordinario/B

(Ez 2, 2-5; 2 Co 12, 7-10; Mc 6, 1-6)

Jesús no fue aceptado ni creído por los suyos, por sus paisanos.

Hay personas, con tono de añoranza, que afirman que habrían sido muy afortunadas si hubieran podido conocer personalmente a Jesús. Y añaden que su fe sería mucho más fuerte y firme, más contagiosa y misionera, si hubiera sido alimentada por la experiencia incluso física y sensible de haber visto y oído al Señor. Es fácil adivinar lo gratificante que sería para todo cristiano el poder escuchar a Jesús y caminar a su lado y tras Él, como lo hicieron sus inmediatos discípulos, compartiendo sus andanzas, sus signos y milagros. Sería muy gratificante, sí, pero esto no da la fe.

El Evangelio de este domingo nos habla precisamente de cómo Jesús no fue aceptado ni creído por los suyos, por sus paisanos. Allá en la sinagoga de su pueblo, al llegar el sábado la multitud se aprestó a escucharle. Pero se preguntaba con asombro: ¿de dónde saca todo eso que nos dice?, ¿pero no es el carpintero, el hijo de la señora María...? Y no le creyeron. Llega a decir el Evangelio que no pudo hacer milagros, por la falta de fe de sus paisanos. Dirá entonces Jesús una frase célebre, que ha pasado al decir popular: nadie es profeta en su tierra, ni en su casa, ni entre su gente.

Lo que hay de fondo en toda esta cuestión, es la cotidianeidad, la sencillez de cada día en la que Dios se ha querido manifestar y revelar. Acaso si el Mesías se hubiera presentado de un modo estrafalario, estrambótico, de forma extraordinaria, a bombo y platillo, con alharaca y música..., entonces habrían aceptado su palabra. De hecho así esperaban algunos grupos al Mesías.

La respuesta de Dios entonces y siempre, suele tener ese tono sencillo y cotidiano. Él puede responder en un momento dado a través de lo extraordinario y excepcional, pero suele responder, más bien, en los avatares y personas del cada día. Quienes le esperaban en la prepotencia y notoriedad política, religiosa, terrorista (que para todo había), fueron incapaces de reconocer el Rostro de Dios y su Palabra en Jesús. Santa Teresa lo dirá con su acostumbrado gracejo diciendo que "Dios está entre los pucheros". Y eso es lo que nos dice el Evangelio de este

domingo: descubrirle en los entramados de nuestros días laborables y festivos, en los momentos sublimes o corrientes, en los esperados o sorprendidos. Jesús está mucho más cerca de lo que pensamos, porque también Él es 'paisano' nuestro, y camina en nuestras calles, en nuestros negocios y nos habla en nuestros lenguajes. Pero también hoy, como siempre, sólo los de corazón sencillo y pura mirada, son capaces de reconocer a quien nunca se marchó de nuestro lado.

Finalmente, hoy en día, en muchos espacios no se quiere escuchar a Jesús y se le teme a su palabra. Quizás a nosotros nos pase lo mismo que a los de Nazaret. El no tener fe, el no creer en Dios, el no aceptar su Omnipotencia, el no tener confianza en sus decisiones, el no aceptar su Voluntad, es como si nos hiciéramos impermeables a la Gracia (que es Dios mismo) y a sus gracias, que son los auxilios divinos que están a nuestra disposición en todo momento.

Por otra parte vemos que la Fe está siendo atacada desde las sectas y desde los errores y herejías del New Age o Nueva Era, desde los diversos ámbitos políticos... con los que se pretende destruirla, al presentar errores como aparentes verdades, engañando a muchos cristianos. Pensemos, por ejemplo, en el caso del 3 de junio, en que la Primera Sala de la Suprema Corte de Justicia de la Nación determinó que: "La Ley de cualquier entidad federativa que, por un lado, considere que la finalidad del matrimonio es la procreación y/o que lo defina como el que se celebra entre un hombre y una mujer, es inconstitucional". Es el rechazo sistemático a Cristo y a su Iglesia... en nombre de una investigación histórica "objetiva" que, en ciertas formas, se reduce a lo más "subjetivo" que se pueda imaginar, traducida en una carrera para ver quién logra presentar un Cristo más a la medida del hombre de hoy, despojándole de toda prerrogativa trascendente.

¿No podría hoy decirnos Dios lo mismo que dijo ayer por boca de Ezequiel: Florece la injusticia, el orgullo da sus frutos y la violencia reina para imponer el mal... Sin embargo quedará un resto de ustedes ... se acordarán entonces de Mí ... Yo ablandaré su corazón traidor que se apartó de Mí" (Ez. 6)?

Entonces debemos saber que, a pesar de todo que pretendan cambiar el lenguaje, los conceptos, la idea de Dios, el mensaje y la persona de Jesús y la enseñanza de la Iglesia, Nosotros nos basamos, como criterio último, en lo que dice la Palabra de

Dios. Si otros no la quieren seguir, los respetamos; pero los creyentes hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres. .

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)